

### 1.3 MUNDO ÁRABE: ¿FIN DE CICLO O RETROCESO PROVISIONAL?

**Santiago Alba Rico**

Tres años después del desencadenamiento de las revueltas o revoluciones o levantamientos árabes, el incuestionable retroceso regional determinado por la agonía siria y el golpe de Estado egipcio, ha invertido el optimismo inicial para imponer una valoración no sólo poco esperanzadora sino incluso negativa del proceso. Incluso desde la izquierda -o, a veces, sobre todo desde la izquierda- el cliché del “invierno islamista” y de la “excepción árabe” se impone con una naturalidad preocupante. Hagamos aquí un breve repaso histórico para centrarnos luego en dos efectos colaterales -mediático y geoestratégico- derivados de una irrupción en la historia de los pueblos árabes, que deberíamos seguir considerando, de cualquier modo, una buena noticia.

#### **Causas y motivos de las revueltas**

Como sabemos, el 17 de diciembre de 2010 se produjo en una ciudad del interior de Túnez un acontecimiento ya mitológico: la inmolación de Mohamed Bouazizi, un vendedor ambulante de verduras humillado por la policía. Este gesto de desesperación desencadenó un movimiento sísmico que determinó el derrocamiento del dictador Ben Ali el 14 de enero de 2011 y una larguísima sacudida, de Mauritania al Golfo, que derribó algunos regímenes (Egipto, Libia, Yemen) y amenazó, de una manera u otra, a todos los demás.

Si distinguimos entre causas y motivos, los motivos tienen que ver con pequeñas humillaciones y extensión epidémica de las noticias, pero no cabe duda de que una de las causas sin las cuales nunca se habrían producido los levantamientos populares en el mundo árabe tiene que ver con la economía: el aumento de los precios de los alimentos, el aumento del paro, el incremento de la pobreza y la marginación social. No en todos los países, es verdad, la situación era igualmente apremiante: menos en Libia o Bahrein, más en Egipto, Siria, Yemen o Túnez. Lo que experimentaron todos los países por igual en la

última década -incluida la Libia ilusoriamente opulenta de Gadafi- fue un proceso de liberalización económica con privatización de recursos que acabó por imprimir características comunes en todas partes: agravamiento de las diferencias sociales, monopolio mafioso de la riqueza en unas pocas manos y, como consecuencia de este dominio económico corrupto y familiar, incremento también de la represión política y policial. El término “dignidad” (*karama*) resume muy bien esta rebelión contra un conjunto integrado de causas económicas y motivos político-sociales en el que el malestar económico y el malestar social se mezclaban de manera casi indiscernible. Los árabes estaban tratando de sacudirse -están tratando de sacudirse- la “miseria vital”: el peso de un sistema tentacular que regía su vida cotidiana y los empobrecía en todos los sentidos y que, además de reprimirlos o torturarlos, los humillaba y despreciaba. Y los degradaba moralmente.

Esta sacudida se inscribe en una historia y un contexto regional muy concretos. Tras la segunda guerra mundial, el pacto del Quincy entre EEUU y Arabia Saudí, con el consiguiente control imperialista petrolero y la difusión de la versión más retrógrada y reaccionaria del islam (el wahabismo), y el establecimiento del Estado de Israel van a generar, en el marco de la Guerra Fría, la respuesta del nacionalismo árabe. La oposición a estas tres fuerzas, en efecto, condujo en buena parte del mundo árabe (Siria, Iraq, Egipto, Túnez, Argelia, Libia y el propio Yemen) al establecimiento de regímenes panarabistas autoritarios, pero con una fuerte vertiente social. No por casualidad los países mencionados son precisamente los más afectados por las revueltas de 2011. Todos los estudiosos, por ejemplo, coinciden en relacionar la “ola de terrorismo islámico” de los años 90 no sólo con la guerra de Afganistán sino con las políticas sociales de estos regímenes que llevaron a las aulas a miles de hijos de campesinos y de proletarios que se dieron de bruces contra el fracaso económico, político y social: un vasto sector de la población juvenil que no podía volver al campo ni emplear sus conocimientos en una economía fallida, se sintió excluido y redundante y pasó a nutrir las filas islamistas. En la primera década de este siglo, el fracaso a su vez del islamismo más violento y los

cambios tecnológicos globales, con la integración de estos jóvenes marginados en un imaginario global, confirió un nuevo sello al malestar social de los árabes: digamos que los jóvenes árabes con diploma (cuyos porcentajes de paro superan en muchos casos el 50%, por encima de las altísimas medias nacionales) comenzaron a percibir su exclusión social más como una agresión a su juventud que a su identidad o su religión. Pero lo que caracteriza a la última década no es un aumento de los jóvenes con estudios, sino más bien una degradación notable de la calidad de la formación y de la enseñanza, con una fuerte elitización de los estudios y, por tanto, de las posibilidades también de integración laboral y reconocimiento social. El neoliberalismo radical de la última década produce, pues, un doble fenómeno: descualificación y desvalorización de los títulos académicos y creciente exposición subjetiva a estímulos de consumo y “deseos” globales de orden capitalista. Esa mezcla no podía no resultar explosiva.

Las revueltas árabes son inseparables de este orden regional compuesto de cuatro elementos (hegemonía petrolera estadounidense, islamismo wahabí, sionismo israelí y panarabismo autoritario), pero también de la descomposición del enfrentamiento bipolar de la Guerra Fría, que sólo engañosamente parece entregar la hegemonía a los EEUU. De hecho, la soledad en la cúspide de los estadounidenses, fruto de su victoria en la Guerra Fría, ha durado muy poco. No hay que olvidar que fue esa derrota de la URSS en 1989 la que paradójicamente está poniendo en dificultades hoy a los vencedores. Cuando pensamos en la caída del muro y en la victoria estadounidense siempre pensamos en las llamadas revoluciones de colores y en el avance avasallador del capitalismo en el Este europeo; pero los procesos democratizadores de América Latina, por ejemplo, que tanto incomodan a los EEUU y que comenzaron también en esas fechas, habrían sido imposibles en el marco de la confrontación de bloques. Desde comienzos de los años 90 se produce en todo el mundo, en efecto, una demanda general de democracia al margen de los enfrentamientos ideológicos binarios: por un lado, una demanda popular que resultó sospechosa -y beneficiosa para los EEUU- en la órbita ex-soviética

(Yugoslavia, Georgia, la Ucrania de 2004), donde el anticomunismo contiene, nos guste o no, un impulso también democrático y por otro, una demanda que cuestionó en cambio el poder de los EEUU en América Latina (Venezuela, Ecuador, Bolivia, etc.), donde la democracia contiene un impulso también socialista. Ese “deshielo de la Guerra Fría” alcanzó con retraso en 2011 el mundo árabe, una zona literalmente congelada durante décadas bajo el hielo de la dictadura y la geoestrategia, y que sigue levantando olas un poco por todas partes a medida que la crisis mina al mismo tiempo las condiciones de supervivencia y los marcos de legitimidad.

Lo cierto es que, como he dicho más arriba, todos los países de la zona compartían rasgos comunes que tenían que ver con el carácter dictatorial del poder político y la naturaleza neoliberal-mafiosa del régimen económico. Pero como demuestra la propia reacción de las potencias occidentales frente a los levantamientos, no todos ellos jugaban el mismo papel en el tablero geoestratégico de la región; y como demuestra el mayor o menor éxito de las revueltas, cada uno de ellos tenía y tiene sus propias especificidades locales. Egipto y Túnez se parecían mucho, tanto por su composición social como por su superior articulación política; los dos países habían ensayado la revolución de 2011 con huelgas y protestas en los años anteriores; y, si en el primer caso era el ejército el pilar securitario del régimen y en el otro la policía, en ambos casos el ejército fue decisivo al abandonar a Mubarak y Ben Ali en un plazo relativamente corto de tiempo. Ahora este parecido ha estado a punto de costar caro a Túnez. El golpe de Estado del general Sissi en Egipto del pasado 3 de julio produjo un efecto boomerang en Túnez, donde intentó aplicarse el mismo modelo para derrocar al gobierno del partido islamista Ennahda. La inteligencia pragmática de los islamistas y las presiones europeas evitaron en el último momento lo que hubiera significado muy probablemente el cierre definitivo del ciclo “revolucionario”. La dimisión del gobierno de Ali Laraidh y la aprobación de la primera constitución liberal del mundo árabe conceden un respiro a la “transición” tunecina y mantienen viva una luciérnaga de esperanza en toda la zona en un momento de claro retroceso.

Libia y Siria, a su vez, se parecían bastante; en los dos casos, como ha señalado Gilbert Achcar<sup>11</sup>, la fusión entre régimen y familia gobernante era tan completa que los cuerpos de seguridad no tenían ninguna autonomía que pudiera, en un momento dado, inclinarse del lado de la revuelta. Por eso mismo también el grado de violencia empleado por las dictaduras, y por los rebeldes, ha sido mucho mayor. A esto hay que añadir la intervención occidental, directa o indirecta, pero mucho más clara y determinante que en otros escenarios. Hay, por lo tanto, una primera fase de las revueltas en la que prima lo común sobre lo específico (la reclamación de dignidad frente a autoritarismos mafiosos), pero enseguida, en virtud de las propias historias nacionales y de la intervención occidental, las especificidades pasaron a un primer plano.

### **El derrumbe velocísimo del modelo turco-qatari**

Esta inesperada irrupción de los pueblos abrió una modesta pero luminosa oportunidad en la zona. Yo la llamaría sin lugar a dudas “revolución”. No fue una revolución socialista y no fue dirigida por la izquierda. Tampoco fue una revolución islámica y los islamistas tuvieron asimismo un papel muy reducido. Pero como fue una revolución democrática, salió a flote la verdadera relación de fuerzas en la zona -reprimida durante décadas- y las elecciones, allí donde las hubo, llevaron al gobierno a los partidos islamistas de la órbita de los Hermanos Musulmanes. Tanto la izquierda de la región, avejentada y estalinista, como los partidos islamistas, que incubaban sueños de califato, cedieron a la presión popular y adoptaron sinceros programas democráticos. Los *fulul* de la dictadura, a su vez, se reciclaron en demócratas y, desde distintas organizaciones y partidos, en condiciones sin precedentes de libertad de expresión y reunión, comenzaron a trabajar para recobrar el poder.

Un año después de la inmolación de Bouazizi un modelo parecía imponerse de manera irresistible en el nuevo mundo árabe en gestación a partir de las

---

<sup>11</sup> Se puede revisar un amplio compendio de análisis de Achcar sobre la primavera árabe traducidos al castellano en <http://www.rebellion.org/mostrar.php?tipo=5&id=Gilbert%20Achcar&inicio=0>

intifadas populares: el que debía llevar al poder, por la vía democrática, a los islamistas “moderados” asociados a la constelación de los Hermanos Musulmanes. Así ocurrió en Túnez con Nahda y en Egipto con Justicia y Libertad; en Libia no ganaron las elecciones, pero pasaron a constituir la fuerza mejor articulada y la más influyente; en Siria, dominaban también la oposición en el exilio hasta hace pocos meses. Este modelo era apoyado desde Qatar, enano aupado en enormes zancos financieros, y sobre todo desde Turquía, país gobernado por el islamista AKP al que la “primavera árabe” brindó la oportunidad de restablecer su influencia regional histórica, en un viraje político que muchos analistas llamaron “neo-otomano”. La imparable ascensión de los Hermanos Musulmanes -en cierto sentido, normalización de una relación de fuerzas reprimida o clandestina- explica sin duda la ruptura de Erdogan con Siria, con el que mantenía excelentes relaciones de vecindad, pero también, por ejemplo, el cambio de posición de la organización palestina Hamas frente al régimen de Bachar Al-Assad, del que era aliado y huésped hasta hace dos años.

Pues bien, este modelo, que prometía democratizar y estabilizar la región sin rupturas económicas y que contaba por eso con el apoyo refunfuñón de las potencias occidentales, reveló muy pronto sus limitaciones bajo la triple presión de la crisis económica global, los conflictos geo-estratégicos y la movilización popular. El modelo turco o, lo que es lo mismo, el modelo de los Hermanos Musulmanes se ha desmoronado muy rápidamente, pero no como resultado del fracaso del partido AKP gobernante en Turquía sino de la intervención contrarrevolucionaria de fuerzas internas y externas, a menudo enfrentadas entre sí, en el contexto de la región. Esta intervención tiene distintos tiempos y adopta formas muy distintas en los distintos escenarios, a medida que las protestas se han extendido o estancado. La resolución 1971 de la ONU en febrero de 2011 y la posterior intervención de la OTAN a favor y en contra de la revuelta libia fue posible porque Gadafi estaba completamente aislado y generó por eso pocas fracturas ideológicas y geoestratégicas entre las potencias y entre los propios partidos locales. El caso de Siria es bien diferente. Por su

centralidad estratégica en el eje llamado “chíi” o de “resistencia” (la secuencia Irán-Iraq-Siria-Hizbullah), la legítima revuelta contra la dictadura dinástica de los Assad, que comenzó en Deraa en marzo de 2011, se transformó en pocos meses en una batalla multinacional con intervención indirecta o directa de distintos países: Qatar, Turquía, Arabia Saudí, la UE y los EEUU del lado de los rebeldes; y Rusia, Irán, Iraq y Hizbullah del lado del gobierno. Como claro indicio de la nueva complejidad y de la invalidez de los análisis “campistas”, hay que recordar que sólo los aliados de Bachar Al-Assad forman realmente un “bloque”. La diferencia de intereses y de implicación en la trinchera rebelde se revela en la variedad ideológica de las milicias, muchas veces enfrentadas entre sí, que combaten el régimen. En todo caso, la agonía siria, con la recuperación de posiciones sobre el terreno y de legitimidad internacional por parte de la dictadura (tras el acuerdo ruso-estadounidense sobre armas químicas en agosto de 2013 y las conversaciones de Ginebra en enero de 2014) ha cuestionado seriamente el proyecto regional de Erdogan al tiempo que ha dejado casi fuera de juego la revuelta democrática original. El AKP, que abandonó su alianza con Siria creyendo jugar una carta ganadora, se ve hoy directamente amenazado por la “cuestión siria”, que está minando su apoyo interior, sobre todo como consecuencia de la presencia de miles de refugiados, y reduciendo su influencia exterior. Los recientes intercambios de visitas entre Ankara y Teherán prueban que Erdogan se está viendo obligado a revisar su estrategia en Siria.

Pero el modelo turco recibió su zarpazo más duro el 3 de julio de 2013 en Egipto tras el brutal golpe de Estado que derrocó a Mohamed Mursi, dirigente de los Hermanos Musulmanes y primer presidente civil de la historia de Egipto. El ejército egipcio, máximo receptor de ayuda económica de los EEUU y columna vertebral de la economía nacional, garante de los acuerdos de Camp David con Israel, se convirtió así en el motor de una acelerada reversión del tsunami popular desencadenado en enero de 2011, reversión que, de vuelta a su lugar de origen, ha estado a punto de sumergir también, como hemos indicado, a Túnez, cuna de las “revoluciones árabes”. La posibilidad de una

“normalización democrática” a través de la integración de los islamismos “moderados”, muy real hace sólo un año, amenaza con truncarse de la peor manera, a la “argelina” y hoy sólo se mantiene viva en el pequeño país del norte de Africa, cuya importancia es más bien simbólica. Frente a esa “normalización” se renuevan los viejos ciclos de dictadura-represión-radicalización-criminalización-dictadura.

### **La esperanza tunecina**

Túnez representa, en efecto, la última resistencia frente a esta “normalización” trágica y atroz. El pasado mes de enero, tras un tortuoso zigzag de dos años, la Asamblea Constituyente tunecina aprobó la nueva constitución del país con 200 votos a favor, 12 en contra y 2 abstenciones. Los diputados celebraron el acontecimiento de pie y cantando el himno nacional en un clima de emocionado consenso que borró momentáneamente las durísimas pugnas, políticas y sociales, que siguen fracturando el país. Esta emoción y este consenso cristalizaron en un puñado de imágenes. La de la diputada islamista con su bebé en una mano y el texto constitucional en la otra. La de las lágrimas y aplausos de los partidarios del gobierno y de la oposición. Y, sobre todo, la del beso espontáneo entre los dos más encarnizados enemigos: Habib Ellouz, del sector duro del islamista Ennahda, y Mongi Rahoui, del izquierdista Partido de los Patriotas Demócratas, integrante del Frente Popular, al que pertenecían los asesinados Chukri Belaid y Mohamed Brahmi. El intercambio de amenazas e insultos entre los dos llevó a principios de enero a añadir al artículo 6 -que establece la libertad de culto- una prohibición expresa “de la acusación de apostasía y la incitación a la violencia”.

El conocido escritor marroquí Taher Ben Lelloun, por su parte, celebraba en un periódico francés la aprobación de “una constitución revolucionaria que representa un triunfo sobre los islamistas”. No se puede rebajar la importancia de este texto, ni del impulso que ha llevado hasta él, pero conviene de entrada dejar claras dos cosas. La primera es que no se trata de una constitución revolucionaria sino de una constitución liberal en la que -y no es en absoluto



insignificante- se garantizan derechos y libertades, pero se protege poco la soberanía nacional sobre los recursos materiales. La segunda es que podrá decirse que el texto final es más liberal que la ideología dominante del partido Ennahda, que las movilizaciones de la sociedad civil y las protestas, así como que las presiones de la UE y las amenazas regionales han empujado a los islamistas y determinado el contenido constitucional, pero no puede olvidarse que la Carta Magna es también obra de Ennahda, como lo demuestra la firma del primer ministro cesante, Ali Lareydh, al pie de sus 146 artículos. Aún más: es necesario recordar que esa oposición, de izquierdas y de derechas, que se ha querido atribuir los méritos de la redacción y que felizmente se unió a la emoción constituyente, hasta el mes de diciembre pedía la disolución de la Asamblea y apostaba públicamente por “una vía egipcia a la democracia”. Si algo tiene de esperanzador todavía el proceso tunecino es precisamente el hecho de que la primera constitución democrática y civil del mundo árabe ha sido redactada bajo un gobierno de mayoría islamista. Como decía el sociólogo Chukri Hmed (2014), su aprobación, mientras Siria y Egipto se pudren en la guerra y la tiranía, sirve al menos para desmentir el dañino cliché occidental, tan funcional a los dictadores locales, que declara incompatibles mundo árabe y democracia. Desmiente también, añadiría yo, el no menos dañino, y no menos interesado y potencialmente dictatorial, que declara incompatibles democracia e islamismo.

La constitución aprobada en Túnez no es revolucionaria, pero recoge, si se quiere, el aura de la revolución de 2011, y proyecta desde allí una débil luz en un mundo que se apaga. Sin esa revolución, jamás se habría escrito; y sin esta “escritura” el tsunami contrarrevolucionario que se abate de nuevo sobre el mundo árabe habría sumergido también Túnez, cerrando definitivamente un ciclo de luchas sin precedentes. Hay, pues, al menos tres motivos para alegrarse -y mucho- de este acontecimiento. El primero es de procedimiento. La Asamblea Constituyente, por supuesto, no representaba a todo el pueblo y reflejaba relaciones de fuerzas invisibles y consensos entre bastidores, pero ha sido también la plaza de un debate público en el que las propias indisciplinas

subrayan la importancia política, y no sólo formal, de las deliberaciones. Como lo demostraron los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, hay algo muy emocionante, decisivamente democrático, en un proceso constituyente popular: sólo es posible después de una revolución y hace posible, aunque luego no se materialice, un nuevo juego político realmente soberano. El procedimiento mismo, en definitiva, supone un gran salto adelante. Mediante otro procedimiento lo más fácil es llegar a Egipto.

También constituye un motivo de alegría -es el segundo punto- el contenido. No es una constitución revolucionaria ni socialista y mantiene algunas sombras y ambigüedades (sobre el papel de la identidad religiosa en el artículo 1, sobre los mecanismos de control soberano de las riquezas, sobre la pena de muerte), pero su aliento "liberal" rompe en el mundo árabe con una historia interminable de dictadura y desprecio de las libertades civiles y ello a partir del reconocimiento en el artículo 2, que la propia constitución declara inmodificable, del "carácter civil del Estado" y sus únicos fundamentos: "la ciudadanía, la voluntad popular y la primacía del Derecho". Junto al derecho al agua, a la salud, al trabajo, a la huelga, la nueva Constitución tunecina garantiza la libertad de culto, de expresión, de manifestación, la paridad de género en los órganos electos, la igualdad de todos y todas frente a la ley; y prohíbe la tortura -triste rutina en la zona y en el mundo entero-, la acusación de apostasía y la instrumentalización de la religión con fines políticos. Cierra -digamos- el paso a toda clase de dictadura, laica o religiosa, y consagra la gavilla habitual de derechos y libertades propia de las democracias europeas. Se dirá que, como en Europa, ese texto será sólo papel mojado si no se garantizan procedimientos materiales para su cumplimiento. Pero si no se cumple, al menos el pueblo tunecino sabrá siempre de qué lado están el derecho y la legitimidad. Por lo demás, basta comparar el contenido de esta constitución con el de la egipcia, aprobada casi al mismo tiempo por otro procedimiento, para no sentir la tentación de infravalorar las "diferencias entre papeles" o entre procedimientos. En Egipto la *sharia* y la soberanía del ejército son la consecuencia natural de una revolución brutalmente interrumpida.

El tercer motivo de esperanza es simbólico. Mientras el régimen egipcio ha aprobado una constitución retrógrada, nombra mariscal de campo y candidato presidencial al general Sissi en medio de una guerra civil latente, Túnez aprueba su constitución a través del consenso en el marco de un proceso constituyente más bien pacífico y relativamente legítimo. Aquí en Túnez nació la mal llamada “primavera árabe” y aquí parecía ir a morir. Túnez tiene poca importancia geoestratégica, pero mucha importancia simbólica, para los grandes y para los pequeños. Para los grandes es un laboratorio de intervención. Para los pequeños es la esperanza de un nuevo mundo árabe más libre y más justo. Su resistencia, cuando parecía destinada a rodar hacia el pasado, es el resultado de muchos factores, algunos no del todo luminosos, pero ilumina, en cualquier caso, una región otra vez atenazada por la oscuridad. Su ejemplo, una vez más, como en 2011, puede insuflar un nuevo aliento a las fuerzas democráticas del mundo árabe.

La aprobación de la constitución, junto al nombramiento del nuevo gobierno “independiente” de Mehdi Jomaa, neutraliza muchos de los peligros que la crisis institucional permanente alimentaba. Pero no hay que olvidar que el juego político, por importante que pueda ser, es al mismo tiempo un teatro o una pantalla que oculta otras dos fuerzas decisivas que no aparecen representadas en la Asamblea: la de un aparato de Estado que ha cambiado poco o nada desde el derrocamiento de Ben Ali y la de una población muy castigada y en revuelta permanente contra la inflación, el paro y la miseria y que sigue reclamando los frutos de la revolución. Mientras no se limpien los sótanos del Estado (y sobre todo del ministerio del Interior) no se habrán conjurado todas las amenazas. Mientras la izquierda no aprenda a canalizar el malestar social, no habrá verdaderas transformaciones económicas y democráticas en el país.

### **Efectos mediáticos y geoestratégicos de las revueltas árabes**

Durante las dos últimas décadas, como sabemos, los medios de comunicación occidentales, unas veces por pura superficialidad comercial y otras guiados por premeditados intereses manipuladores, han alimentado una visión esquemática

y negativa del mundo árabe, identificado de manera cotidiana con el islamismo fanático y el terrorismo. Como bien demostró Edward Said (2002), conocer es sobre todo construir y por eso conocimiento y poder están indisolublemente ligados. En un contexto de colonización política y económica, es útil construir un otro simplificado al que sea fácil manejar y legítimo -llegado el caso- destruir. El modelo es monótono y rutinario. De lo que se trata es que el otro aparezca siempre ante nuestros ojos -los del lector occidental- precisamente como otro o, lo que es lo mismo, como una unidad negativa inasimilable.

En el caso del mundo árabe, los medios nos han presentado siempre el islam como una fuerza homogénea y absorbente, ocultando no sólo toda la multiplicidad de credos y prácticas (del wahabismo al sufismo) sino las fuertes divisiones y enfrentamientos entre ellas: los mismos europeos que considerarían con desprecio a un árabe que no distinguiera entre un católico y un protestante, juzgan irrelevante o inexistente la diferencia, por ejemplo, entre chiismo y sunnismo. Al mismo tiempo, esa homogeneidad -el islam- ha sido sistemáticamente descrita como amenazadora y negativa: lapidaciones, ablación, crímenes de honor, cinturones-bomba. Para cerrar el círculo del conocimiento perfecto, esta homogeneidad negativa se declaraba asimismo incurable o inasimilable: se insistía, por tanto, en la incompatibilidad entre islam y democracia, incompatibilidad cuya consecuencia natural era la aceptación de que los árabes son incapaces de regirse por sí mismos sin la tutela de una potencia extranjera y/o un caudillo local.

Durante las dos últimas décadas, la izquierda no ha dejado de denunciar esta visión superficial e interesada, no sólo porque era inexacta y simplificadora, sino porque la inexactitud y simplificación tienen siempre efectos políticos devastadores. Algunos de ellos son de sobra conocidos. Mediante esta visión islamofóbica, los medios occidentales, por ejemplo, facilitaron y legitimaron toda una serie de intervenciones violentas con un altísimo coste en vidas humanas: el golpe de Estado y la guerra civil en Argelia, la ocupación de Palestina, la invasión de Afganistán e Iraq, o los numerosos Guantánamos repartidos por todo el mundo árabe donde, a instancias de los

EEUU, se torturaba a presuntos islamistas radicales

Esta visión islamofóbica justificó además el apoyo de las potencias occidentales y de las élites locales a siniestras dictaduras que, so pretexto de perseguir el “terrorismo islámico”, trataron como a extranjeros y enemigos, durante décadas, a sus propios pueblos. El caso de Túnez es paradigmático. Esta visión islamofóbica contribuyó asimismo a alimentar el racismo de los europeos frente a las comunidades inmigrantes que, en París, Madrid o Roma, cooperaban en el crecimiento económico de Europa y demandaban los más elementales derechos ciudadanos.

Los tres efectos mencionados -invasiones, dictaduras, racismo- produjeron a su vez el efecto previsible, eso que conocemos como “profecía autocumplida”: la radicalización de un sector, en todo caso minoritario, de las poblaciones afectadas.

Este “circuito de conocimiento perfecto” se vino abajo de pronto en enero de 2011 cuando la revolución tunecina obligó a los medios occidentales a descubrir -sorpresa- dos realidades inseparables y hasta entonces silenciadas: la existencia de dictaduras y la existencia de pueblos en la región. La sorpresa mayor fue la de que esos pueblos alzados contra los dictadores no reclamaban la aplicación de la *charia* ni el establecimiento de un Estado islámico: pedían pan, justicia, libertad, trabajo, dignidad. La sorpresa fue tan grande que durante un breve período se produjo casi una inversión del discurso, acompañada de un entusiasmo a veces poco realista: el final de la “excepción” árabe, la muerte de Al-Qaeda, el triunfo del laicismo. Sobre el terreno, las distintas velocidades y escenarios de los procesos abiertos en todo el mundo árabe, junto a las contra-ofensivas coloniales, con la intervención criminal en Libia y la agonía siria, llevaron la situación allí donde se encuentra ahora: una reactivación en todas partes, violenta o no, de lo que los propios medios han pasado a llamar “salafismo” y una movilización sin precedentes de poblaciones muy jóvenes que han perdido el miedo y no van a tolerar una vuelta al despotismo. Lo cierto es que la revolución tunecina, con sus metástasis en la región, si no cambios más profundos, parecía haber producido al menos estos dos efectos

saludables: una normalización mediática y una normalización política. La normalización mediática exigía una mayor atención a los procesos reales del Norte de África y el Medio Oriente, un reconocimiento de las múltiples voces y sensibilidades que pueblan la región, un ejercicio redoblado de rigor, información y documentación. Algunos indicios apuntaban al principio en esa dirección.

La paradoja es que, en algún sentido, la normalización política, ahora también más o menos frustrada, ha abortado la normalización mediática en curso. El triunfo provisional de Ennahda en Túnez y de los HHMM en Egipto (y su protagonismo en toda la región, de Libia a Siria), restableció viejos hábitos perezosos y activó destructivos clichés de combate. Tras unos pocos meses de idilio, los medios de comunicación occidentales recauchutaron los antiguos moldes de construcción del otro, en un rapidísimo pasaje del entusiasmo sin fundamento a una decepción y pesimismo igualmente infundamentados: “de la primavera árabe al invierno islamista”, se escribe en una frase ya consagrada. El problema es que este nuevo cliché generalizado ha calado también en un sector de la izquierda. Ello se debe en parte a que la izquierda europea y latinoamericana conoce poco y mal el mundo árabe y en parte también a que la intervención de la OTAN en Libia y la presencia “salafista” en Siria dificultan la comprensión de los movimientos populares.

Tres años después de la inmolación de Bouazizi nos encontramos con un campo mediático devastado, a derecha e izquierda, por la inseguridad informativa y la erosión de la credibilidad. Las revoluciones árabes, al activar inesperados litigios geoestratégicos, han aumentado sin querer nuestra inseguridad mediática. La invasión de Iraq en 2003, basada en mentiras explícitas, minó el marco de credibilidad de los medios hegemónicos y su pretensión ilustrada de defender, al mismo tiempo, publicidad, transparencia y verdad. Esta pérdida de credibilidad abrió el campo a dos grandes medios “anti-imperialistas”, Al-Jazeera en el mundo árabe y Telesur en América Latina. Abonó asimismo el terreno a los medios alternativos en la red, que se convirtieron en un referente contra-informativo para los que huían de los

manipuladores medios comerciales.

Pues bien, hoy Al-Jazeera, más o menos independiente hasta hace tres años de su financiador qatari, se ha convertido en instrumento dócil de los intereses de Qatar en la región, como lo demuestra la cobertura, claramente intervencionista, en el tratamiento de las revueltas de Siria y Libia. En la dirección contraria, Telesur ha visto cuestionada también su independencia y profesionalidad al alinearse mansamente con la posición de los gobiernos del ALBA y reproducir acríticamente las versiones también manipuladoras y propagandísticas de las dictaduras de Gadafi y Bachar Al-Assad. Ninguno de ellos nos sirve ya para comprender el mundo. En cuanto a los medios alternativos en la red, han sucumbido muchas veces a la tentación mecánica de forjar sus versiones a partir de la degradación indudable del espacio mediático público y, a falta de fuentes rigurosas, de construir *datos* desde la más abstracta ideología. En algún sentido, se ha invertido la relación antropológico-lingüística entre público y privado, lo que es siempre el indicio - como ocurre bajo las dictaduras- de una crisis profunda de credibilidad. Según este nuevo criterio volteado, sería ahora la “publicidad” la que mentiría mientras que la verdad sólo podría encontrarse explorando los bordes, las grietas, los silencios, los circuitos marginales o sectarios; criterio que, lejos de mejorar nuestro conocimiento de la realidad, nos expone a toda clase de intoxicaciones complotistas, replicadas a velocidad sideral por las nuevas tecnologías y cuya autoridad nos parece tanto mayor cuanto menos puede ser probada. Frente al marco público tradicional con su falsa transparencia autolegitimadora, internet se ha convertido en un contrapoder supersticioso: cuanto más oscura, más susurrada, más clandestina y menos difundida es una noticia, más “verdadera” nos parece. Cualquier intoxicación posada en un link que invierta la información pública de los periódicos comerciales se convierte a nuestros ojos en un referente de autoridad. Eso tampoco nos puede servir.

### **Los cambios geo-estratégicos**

El otro efecto colateral, cada vez más visible, tiene que ver con la inseguridad

geopolítica. Los viejos esquema de la confrontación bipolar, tan tranquilizadores, han dado paso a un nuevo orden muy volátil, tenso de alianzas fugaces, enrevesadas y cambiantes, como lo demuestra el fin vertiginoso del modelo turco-qatarí de los HHMM y el golpe de Estado en Egipto.

La llamada “primavera árabe” fue también, o sobre todo, una protesta visceral de los pueblos contra el cepo geoestratégico en el que llevaban un siglo atrapados. Nadie podía esperar, desde luego, que los movimientos populares abolieran sus severas leyes, pero sí que introdujeran en ellas desplazamientos significativos que relajaran su yugo y permitieran márgenes mayores de soberanía y democracia; es decir, de autodeterminación. Casi tres años después, podemos decir que se han producido enormes cambios, sí, pero que ese orden volteado mantiene casi inalterada su mordaza sobre las poblaciones. La geo-estrategia (es decir, la renuncia a la soberanía en favor de la pura conservación “estatal”) lo devora todo. Los pueblos retroceden. De hecho retroceden hasta el punto de que, bajo la presión geopolítica, es cada vez más difícil reconocerlos. Lo que comenzó siendo claramente una guerra de los pueblos contra los regímenes, hoy se ha convertido -parafraseando a Vincent Geisser (Cf. 2012)- en una guerra de pueblos contra regímenes, de pueblos contra pueblos y de regímenes contra regímenes.

Pero los cambios son indudables y tienen que ver sobre todo con el debilitamiento de los EEUU y el retorno de una volatilidad geopolítica que pone fin -20 años después- a la Guerra Fría para restablecer, como en la primera guerra mundial, una dinámica de luchas interimperialistas en las que la democracia sólo puede salir perdiendo. No hay ya bloques ni ideologías y las alianzas tácticas más extravagantes se suceden en la región a un ritmo vertiginoso. Lo cierto es que EEUU ya no impone con la misma facilidad su voluntad o al menos no se siente cómodo en su posición hegemónica. Siria y Egipto son claros ejemplos de esta volatilidad geopolítica. Arabia Saudí, por ejemplo, ha mostrado claramente su rechazo a la política estadounidense en relación con Siria y con Irán renunciando a su asiento en el Consejo de



Seguridad de la ONU, financiando a los grupos yihadistas más radicales y acercándose públicamente a un Israel también contrariado con los EEUU. Por su parte, el ejército egipcio dio un golpe de Estado contra los Hermanos Musulmanes, apoyado por Arabia Saudí, Israel y Siria (enemigos entre sí), y EEUU tiene que “tragárselo” y negociar e incluso aceptar el acercamiento entre Moscú y El Cairo. Israel protesta por las negociaciones de EEUU con Irán y miembros de su gobierno declaran que ya no es un “socio fiable” y que habrá que buscar “nuevos aliados”. Irán, dispuesto a hacer concesiones en su programa nuclear, negocia a cambio con EEUU el estatuto de Siria. Rusia, que defiende un puñado de intereses, utiliza la crisis siria más bien para cobrarse una victoria sobre los EEUU y volver a la escena internacional en gran potencia, preparándose para próximos movimiento más amplios y más ambiciosos. En todo caso, las alianzas son tan fugaces y cambiantes que es casi seguro que nuevas combinaciones habrán sucedido a las que aquí describo cuando los lectores lean estas líneas.

Ahora bien, este debilitamiento de los EEUU en favor de un orden volátil en el que Bachar Al-Assad no cae, Arabia Saudí e Irán, siameses enemigos, afirman su influencia, Egipto restablece y refuerza la dictadura, la Rusia de Putin se agiganta y un Israel amenazado y “emancipado” se deja tentar por la irresponsabilidad unilateral. ¿Qué han ganado o qué pueden ganar los pueblos que se levantaron en 2011 por la dignidad, la democracia y la justicia social? Basta repasar las fuerzas en litigio para reprimir todo optimismo. Ni la causa palestina ni la causa democrática ni la causa anticapitalista ni la causa feminista parecen más compatibles con este nuevo orden geo-estratégico emergente que con el anterior. La causa palestina, de hecho, es como siempre la víctima de todas las partes y todas las combinaciones. Los grandes vencedores, por el momento, son Arabia Saudí, que derrota a Qatar y Turquía como fuerza hegemónica sunní; Irán, que se afirma como subpotencia regional; y Rusia, que recupera su papel de gran potencia.

Por ahora. Porque si algo nos han enseñado los levantamientos populares

árabes son dos cosas. La primera que, allí donde hay causas objetivas para la rebelión, tarde o temprano, siempre de manera inesperada, se acaba produciendo. La segunda es que, en el nuevo marco geo-estratégico regional y mundial, marcado por la crisis capitalista global y la disolución de los esquemas ideológicos binarios, la ilegitimidad de los gobiernos y de sus alianzas es ya el estado normal de las instituciones mientras que la revuelta es el estado normal de los pueblos. La posibilidad de que esas alianzas se inclinen hacia una nueva mordaza geopolítica -con luchas interimperialistas multinacionales sin referentes progresistas- no es desdeñable; la posibilidad de que esas revueltas, a su vez, se inclinen -en ausencia de una izquierda sólida- hacia la ultraderecha laica o islamista, también es grande. Lo que las revueltas árabes han revelado y acelerado es esta situación de riesgo global. Pero el riesgo es también el medio ecológico de la emancipación. Antes lo que había era humillación, sumisión y “estabilidad” -contada en muertos y presos políticos. El mundo árabe, en todo caso, se ha incorporado a las dinámicas de la resistencia global.

### Referencias Bibliográficas

- Geisser, Vincent (2012). “Les protestations populaires à l’assaut des régimes autoritaires: une «révolution» pour les sciences sociales?”, *L’Année du Maghreb*, VIII, 2012, 7-26.
- Hmed, Choukri (2014). Entrevista a Choukri Hmed, Maître de Conférences en ciencias políticas de la Universidad París–Dauphine. 4 de abril de 2014. Versión digital disponible: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=182899> Web visitada en 11-05-2014.
- Said, Edward (2002). *Orientalismo*. Barcelona: Debate.